

Paula Gill

FUEGO CON FUEGO

Traducción de Ana M^a Sánchez y Cristina Pérez



Phoebe

Título original: *Fire with Fire*

Primera edición: enero de 2009

Copyright © 2001 by Paula Gill

© de la traducción: Ana M^a Sánchez Prat y Cristina Pérez Bermejo, 2008

© de esta edición: 2009, ediciones Pàmies
C/ Julián Hernández, 8
28043 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-96952-24-9

Diseño de la cubierta: Javier Perea
Ilustración de cubierta: Doreen Minuto

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por TECNOLOGÍA GRÁFICA, S.L.

Impreso en España

Uno

Charles Dickens debería haber muerto mucho más joven. Corrinne Webb no sabía exactamente cuándo había escrito su sensiblera *Canción de Navidad*, pero, fuera cuando fuera, lamentaba que no hubiera muerto antes.

Corrie encogió un hombro y dejó caer un poco de limón en la salsa de mango destinada a aderezar la lubina a la parrilla. *Sólo porque no me entusiasma la Navidad...*

Paul LaDue apoyó una cadera en la mesa ya dispuesta.

—¿Qué? —espetó ella sin levantar la vista.

—¿Todavía sigues como Scrooge, eh? —ironizó, inmune al humor de ella.

—El que no quiera asistir a la fiesta de esta noche no significa que sea como Scrooge.

—Todo el mundo irá.

—Pero...

—Hace más de cinco años que te conozco y siempre has tenido una excusa para librarte de hacer lo que no te apetece. Reconócelo, Webb, a ti no te gusta la Navidad.

—¿Por qué no iba a gustarme la Navidad? Por supuesto que me gusta. A todo el mundo le gusta.

Se dio cuenta de que estaba levantando la voz y removi6 la salsa con más energía.

—La cuestión es que ahora estoy demasiado ocupada trabajando.

—Dirás inventándote el trabajo.

—¿Qué...? Pero... Yo... —Corrie se interrumpió a la vez que Paul, con un gesto de la mano, abarcaba toda la cocina.

El ambiente de fondo del restaurante lo constituían el retumbar de pasos apresurados, el golpeteo en *staccato* de los cuchillos y el

agudo tono de las discusiones entre los cocineros. En ese momento, sin embargo, el maître dormitaba en un rincón y el chef se concentraba en coger al vuelo las pinzas que cada pocos segundos lanzaba al aire mientras esperaba que la lubina se acabara de hacer.

—Tú no trabajas esta noche; ni tú ni nadie. —Paul la cogió del brazo y la llevó hasta la puerta del comedor—. ¿Qué es lo que ves? Las mismas paredes color borgoña que hace dos meses te dije que serían más elegantes pintadas de verde oscuro. Ahora, recuerdan a un burdel de alguna vieja película del Oeste. Cualquiera pensaría que un gay tendría mejor gusto. Por no hablar de la decoración. —Sonrió de oreja a oreja—. Webb, guarda tu sarcasmo para alguien que no te conozca.

Corrie resistió la provocación de Paul sobre la mala decoración y recorrió con la mirada el espacioso lugar, deteniéndose en cada uno de los acogedores reservados del comedor y en cada una de las mesas meticulosamente arregladas. Como de costumbre, la cristalería brillaba, la vajilla y la cubertería relucían y los manteles estaban immaculados. Como tributo a las fiestas, acebo fresco y piñas adornaban mesas y paredes. El fuego crepitaba alegremente en la chimenea, ya que el día anterior había soplado en Dallas un inesperado viento del norte, y el calor suplementario era un detalle bien recibido, por algo más que la simple estética.

—¿Qué se supone que debo notar, exactamente?

—Si no lo ves, nunca te darás cuenta cuando tengas tu propio restaurante. —Usando ambas manos para obligarla a volver la cabeza, Paul le dio un ligera sacudida—. Cuenta a los clientes.

No le llevó demasiado tiempo.

—Dos mesas con dos parejas cada una, igual a ocho clientes —recitó Corrie igual que una niña de preescolar contestaría a una pregunta de matemáticas. Recuperando su tono habitual preguntó—: ¿Y...?

—Sólo hemos tenido tres reservas más en toda la noche. Y no ha entrado nadie más. —Suspiró—. Eso no es suficiente para pagar tu salario de esta noche y mucho menos el de todos los demás.

—¡Ah!

—Sí, ¡ah! —Sacudió la cabeza mientras caminaba de regreso a donde ella estaba. Quien dirige un restaurante tiene que darse cuenta

de lo básico. Si alguna vez quieres tener tu propio establecimiento, debes empezar a prestar atención a ese tipo de cosas.

Corrie jugueteó con los cuchillos, disgustada consigo misma por anteponer su terror a las Navidades a su sueño: tener una cafetería propia. Si quería realizarlo alguna vez, tenía que concentrarse tanto en el aspecto del negocio de restauración como en la comida. A nivel mental conocía la carga que suponían los clientes en el equilibrio de los gastos generales, pero en realidad jamás lo había. Pero claro, nunca le había prestado demasiada atención a la gente, solo al trabajo.

Sólo trabajo.

Así era cómo, a la edad de veintiséis años, había llegado a ser la jefa de cocina del prestigioso Bistro Terre, uno de los restaurantes de cinco tenedores más elogiados de Texas.

Colocó su preciado cuchillo de chef en su sitio y elevó la mirada hacia su jefe.

—Supongo que no me di cuenta...

Estuvo a punto de recordarle la razón por la que estaba actuando como una tortuga, escondiendo la cabeza y protegiéndose con un caparazón.

Paul se pasó una mano por la cara.

—Lo he notado.

—¿Y?

Algo en su expresión le provocó un miedo mortal a la respuesta.

—Voy a cerrar el restaurante.

—¿Cerrar el Bistro?

No, no puedes. Si ella hubiera sido de las que lloran, hubiera estallado allí mismo, inundando la ciudad. Pero Corrie llevaba más de diecisiete años sin llorar. Elevó un muro alrededor de los recuerdos y tensó la columna.

Su puño se cerró alrededor de la manga de la chaqueta de Paul.

—No puedes. No puedes cerrarlo. Ahora no. En Navidad no.

—Espera...

Ella le sacudió el brazo.

—¿Y los empleados? ¿Qué van a hacer? ¡Es Navidad, por Dios!

Sus compañeros de trabajo eran lo único que podía hacer que Paul cambiara de idea.

—Te dije que esperaras. —Paul le separó los dedos de la manga y alisó las arrugas—. Voy a cerrar el Terro hasta que pase Nochevieja. No para siempre.

—Pero, ¿cómo va a pagar la gente sus facturas?

¿Cómo voy yo a sobrevivir a la Navidad sin nada que hacer? Así no podría trabajar hasta el agotamiento, y volverían las pesadillas.

—Dame la oportunidad de explicártelo: voy a daros a todos dos semanas de vacaciones pagadas. Va a suponer un esfuerzo para el presupuesto, pero quiero ser justo.

¿Tenías que decidir, justo ahora, actuar como Papá Noel?

—¿Dos semanas enteras?

—¿Qué problema hay? A todo el mundo le gustará.

—¿Has oído hablar de la sopa de perdiz?

—Venga ya, Scrooge, ¿qué problema tienes?

Corrie podía soportar el sarcasmo, pero no el tono preocupado de Paul. Le golpeó el hombro con el puño; no enfadada, sino vencida. Luego apoyó la frente en el lugar que había golpeado para no tener que ver la expresión de su cara.

—¿Por qué actúas así, dulce Corrie? —Paul la abrazó más fuerte, como el hermano mayor que siempre quiso tener y que nunca tuvo.

Ya que era el único en quien confiaba, no pudo por menos que admitir:

—Si no puedo estar aquí, no tengo ningún otro sitio en el que estar.

—Eso es lo bueno. Puedes hacer lo que quieras. Vete a ver a tu familia.

Cómo tenía la cabeza pegada a su pecho, Corrie oyó el siseo de él cuando cogió aire al acordarse. La respuesta fue ligeramente temblorosa. Incrementó la fuerza del abrazo.

—Mierda, cariño, lo siento. No me acordaba.

—No sabes cómo me gustaría hacer lo mismo de vez en cuando —masculló ella contra su chaqueta.

—Entonces... pasa las navidades conmigo y mi familia. Sabes que eres bienvenida.

Sí, tan bienvenida y cómoda como un pato en un esmoquin. Nunca le había cogido el truco a lo de las familias y las vacaciones. ¿Cómo hubiera podido hacerlo cuando jamás había pertenecido realmente a

ninguna? Y el enorme clan LaDue, con toda su charla en dialecto Cajún, solo serviría para acentuar esa realidad, sin importar el esfuerzo que hicieran.

Corrie sacudió la cabeza, dándole un abrazo.

—No, pero gracias. Estaré bien. —No sabía cómo, pero eso no era problema de Paul. Se apartó—. Estaré bien, de verdad.

—No acepto un *no* por respuesta.

—Escucha, LaDue...

—Nadie debería estar solo en Navidad.

—Estoy acostumbrada.

Es asombroso a lo que puedes llegar a acostumbrarte.

—No deberías estarlo.

Corrie lo dejó seguir con su discurso un poco más, mientras ponía en un plato la lubina con la salsa y se lo pasaba, junto con un solomillo a la parrilla con salsa bearnesa, a la persona lista para poner la guarnición y acabar con la presentación. Devolvió su atención a Paul cuando él chasqueó los dedos.

—¡Ya lo tengo!

Ella se cruzó de brazos y se apoyó en la encimera.

—¿Qué es lo que ya tienes? ¿A Rudolph en el armario? ¿O ha salido contigo?

—Navidad. —Levantó las manos para tranquilizarla—. Escúchame hasta el final.

Ella arqueó una ceja.

—Adelante.

—¿Qué tal si pasas las navidades en Virginia?

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Porque mi tío André tiene una cabaña a las afueras de Roanoke, en las montañas Allegheny; en un pueblecito llamado Hope Springs. Puedes hacer excursiones, quizá esquiar, o sólo relajarte. Toda para ti. Gratis.

—No podría.

Aunque suena realmente bien.

—Claro que puedes. —Paul se reunió con ella en la encimera, imitando sus brazos cruzados pero con expresión obstinada—. Está libre. No se ha usado.

—Pero...

—Todavía no ha llegado la temporada alta de esquí. Vas a estar sola contigo misma. Nadie te molestará.

—Bueno...

Suena verdaderamente bien. Pero no debería.

—Al tío André le harías un favor vigilando que sigue en buen estado.

—Bueno...

—Ve, hazlo. No has cogido vacaciones desde que se abrió este sitio.

Corrie estudió su cara y solo descubrió lo de siempre: franqueza y amistad.

—Podrías salir mañana por la mañana y, teniendo en cuenta tu forma de conducir, llegar allí por la noche.

—Sé realista. Se tardan dos o tres largos días en llegar a Virginia.

—Dispones de dos semanas.

—Pero...

—Hazlo. Será divertido.

—Bueno... de acuerdo. —Puede que lo fuera.

—Genial. —Se sacudió el perejil que le salpicaba la chaqueta y se dirigió al comedor—. Voy a colgar el cartel de cerrado y luego te escribiré la dirección.

—Gracias —dijo ella a su espalda.

Puede que en un lugar extraño las dos semanas pasaran volando. Paul volvió la cabeza.

—En cuanto estos clientes se vayan, iremos a la fiesta.

Corrie rechinó los dientes hasta que le dolió la mandíbula. ¿Qué era lo que decía Scrooge? ¡Ah, sí!

—¡Bah, tonterías!

Unos días después, Corrie tenía la esperanza de sobrevivir a las Navidades en mejor forma que de costumbre. Las pesadillas que generalmente llegaban con la Navidad, todavía no habían aparecido. Y, como turista, no estaba expuesta a los incesantes deseos de vacaciones —o lo que era peor, la compasión— de sus compañeros de trabajo.

Cada noche encendía la chimenea y se bebía un Burdeos Vintage,

devorando novelas románticas de sus autoras preferidas, con alguna incursión ocasional en las Obras Completas de Shakespeare. Durante el día, exploraba Hope Springs con sus pintorescas tiendas e incluso se atrevió a subir a la colina donde había un lugar de vacaciones de la época Victoriana abandonado, llamado Chesterfield. La “vieja dama” tenía algo que la atraía.

Esa mañana estaba desayunando en el Coffee Cup Café, en el antiguo edificio del Morris Mercantile, planificando el día. Un mapa de la zona cubría casi toda la mesa. Había comido allí varias veces desde su llegada y se sentía cómoda. Aunque no pudiera decirse que el menú fuera de gourmet, el cocinero tenía una decidida habilidad para la tostada francesa.

—¿Más café, querida? —La camarera, con un uniforme color turquesa, depositó la cafetera para enderezar la pila de platos sucios que llevaba en el brazo.

—Gracias.

Los ojos de Corrie no abandonaron en ningún momento el mapa mientras pinchaba con el tenedor otro pedazo de pan empapado de almíbar. Si no daba pie a la conversación, la gente no se metía en su vida.

—Seguro que está disfrutando de la tostada francesa de Joe —dijo la mujer mayor, alejándose.

Pensando que estaba a salvo, Corrie se echó a reír.

—Es una amenaza para mi cintura, pero resistir a la tentación nunca ha sido mi fuerte.

—¿Por qué, cariño? Es demasiado joven para preocuparse por resistir a la tentación. —La áspera risa de la mujer rebotó en el techo, mientras dejaba los platos en una mesa libre y recogía la cafetera—. ¡Tiene que librarse de esas imbecilidades!

Oh, oh. ¿No podías mantener la boca cerrada, Webb?

—Veamos, ¿qué está intentando encontrar? —Una ancha cadera cubierta de poliéster bloqueó la salida de la mesa.

La cafetería estaba vacía, de modo que Corrie no podía esperar ayuda por ese lado. Se encogió de hombros, resignándose a lo inevitable.

—Se supone que ahí, detrás del antiguo hotel, hay una cascada, pero no consigo encontrarla en el mapa.

—No es difícil de encontrar. —Sin mirar hacia la taza de Corrie, la camarera, cuya insignia la identificaba como Alma, la llenó casi hasta el borde. Una uña roja dio un golpecito en el mapa—. Exactamente por aquí está la vía muerta del antiguo ferrocarril, que prestaba servicio a Chesterfield hasta que fue clausurada.

—De modo que sigo la vía y luego ¿qué?

—¿Ve usted ese pequeño garabato azul, a la derecha, aproximadamente a medio camino de la vía?

Corrie echó una ojeada por encima de la uña. Por supuesto, una débil línea azul subía hasta el final de la marca negra que señalaba al ferrocarril. Asintió.

—Siga por ahí durante media milla más o menos, y lo encontrará. Pero tiene que ir... con cuidado.

Era evidente que la camarera se estaba preparando para dar una larga explicación. Ahora venía la parte difícil: conseguir que Alma la dejara sola. Corrie sabía que la mujer solo estaba siendo amable, pero no le resultaba fácil trabar amistad. Las estancias cortas significaban relaciones cortas.

Por suerte, llegó el rescate en forma de varios coches patrulla de la policía. Corrie suspiró de alivio cuando entraron el sheriff, dos policías de Hope Springs y un par de agentes de tráfico de Virginia. No era la única adicta a la cocina de Joe, y esos tipos fueron como un indulto enviado por el Cielo. Alma se acercó a ellos, les llenó las tazas de café con habilidad, y anotó sus pedidos, manteniendo todo el rato una retahíla de bromas. Todas dirigidas a los polis, no a Corrie.

Lo cual le dio tiempo para terminar de comer sin más interrupciones. Cuando Alma dejó caer la cuenta encima de la mesa, Corrie la miró.

—Gracias por las indicaciones.

—Usted solo tenga cuidado en cuanto a Chesterfield, querida. Se cuenta que ha habido gente que ha subido hasta allí y no ha regresado jamás. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Y hoy es el solsticio de invierno.

—Vamos, Alma, no asustes a la chica con tus cuentos de viejas. No desaparece más gente en el solsticio que cualquier otro día —Uno de los agentes se giró en la silla para quedar frente a Co-

rrie—. Pero vigile el cielo, jovencita. No me sorprendería ver una tormenta de nieve en cualquier momento.

Corrie echó una ojeada al limpio cielo azul; luego articuló un silencioso “gracias” en dirección a la mesa de los representantes de la ley, mientras se apresuraba a llegar hasta su destartado Corolla.

El viento tironeó de su chaqueta y agitó la iluminación navideña de los altísimos árboles desnudos del aparcamiento. Se detuvo, puso una mano en la puerta del coche y escudriñó las montañas. Ni una sola nube a la vista.

—¿Tormenta de nieve, eh? —Entró en el coche y se dirigió por el sendero a unas tres millas del hotel abandonado—. Conserve su trabajo, oficial, no vale para meteorólogo.

Corrie entrecerró los ojos para protegerse de la nieve azotada por el viento y se arrebujó más en el abrigo.

—De acuerdo, Oficial Quienquiera-que-seas, retiro lo dicho: eres un magnífico meteorólogo.

Según sus cálculos, debería haber llegado ya a la maldita cascada. En realidad ni siquiera había visto la vía de tren que, supuestamente, giraba a la izquierda. Sacó el mapa y lo estudió, girándolo noventa grados a la derecha y luego, ochenta a la izquierda.

Se volvió para mirar el sendero por el que acababa de subir. Al menos este parecía ser el correcto. Pero había más de media docena de senderos que podía haber subido. De alguna forma, con la nieve, se había desorientado.

Las huellas no servían de ayuda. La inusual nieve en polvo soplabla con tal fuerza que ni siquiera las huellas se quedaban impresas.

Sin embargo, traía un temprano crepúsculo.

—Sabía que no debería haber visitado esa antigua casa antes de subir por aquí —refunfuñó Corrie—. O haberme detenido a almorzar.

Un temblor que no guardaba relación con el frío, le recorrió la espina dorsal. La mochila estaba llena, pero un Cabernet californiano del 96 no iba a ayudarla a bajar de esa montaña. Aún así, sacó el paquete y revisó el contenido, por si acaso...

No le llevó mucho tiempo decidir que una rebanada de paté, una baguette de pan francés, una manzana, una botella de vintage californiano de 1996, un par de calcetines de excursionista y seis condones sin usar —producto de un esperanzador pero decepcionante viaje de acampada de unos años antes— no se podían comparar a una linterna.

—Piensa, Webb, ¿hacia dónde se va a Hope Springs?

No importaba hacia dónde se volviera, todos los caminos parecían ser cuesta arriba. Una ráfaga especialmente brutal le recordó que tenía los vaqueros empapados y que no llevaba ni guantes ni sombrero. Incluso su larga y gruesa trenza ofrecía poca protección contra el frío o la humedad.

—Decídete o vas a acabar convertida en una fea estatua de hielo.

Dicho aquello, se puso la mochila al hombro y empezó a seguir el camino que esperaba que la llevara al pueblo.

La nieve aumentaba de intensidad a cada paso, y estuvo tentada de refugiarse bajo un árbol, pero sus piernas ya estaban entumecidas. Sin una fuente de calor, se arriesgaba a perder por congelación una parte importante de su anatomía. Continuó adelante incluso cuando sus pulmones se esforzaban en conseguir oxígeno para su confusa mente. Cada aliento era un jadeo, cada paso, una tortura.

Sabía que debería haber continuado con aquellas clases de aeróbic.

No vio las vías del tren hasta que tropezó con ellas. Cuando notó que caía, lo único que pudo hacer fue dejarse llevar.

—Bah, tonterías —dijo una vez pudo volver a respirar.

Mierda, realmente me estoy empezando a parecer a Scrooge.

Movió con cuidado cada una de sus extremidades. Aparte de las palmas de las manos arañadas y una rodilla magullada, no estaba demasiado mal. Se sentó e intentó ver a través de la cegadora nieve. Su objetivo ya no era regresar al pueblo, sino encontrar un refugio. Preferentemente con calefacción. Una borrosa y gran silueta oscura, se erigía a pocos metros en el sendero.

El viejo y ruinoso Chesterfield.

—Siempre tan humilde... —canturreó por lo bajo mientras se ponía en pie con un quejido.

Para no volver a perderse, decidió caminar entre los raíles, aun-

que eso significara ir tropezando con las traviesas. La vía férrea la llevaría directamente hasta el hotel.

—Bueno, Webb, solo unos pasos más y estarás a salvo. —Bajó la mirada hacia sus zapatos—. Pies... vamos pies. No os siento pero sé que estáis ahí.

Sus piernas eran como trozos de cemento, sus manos carámbanos, pero no había luchado contra las probabilidades durante todos esos años para sucumbir a un pequeño temporal.

—Corrinne Webb no se rinde —masculló entre los agrietados labios.

Tropezó con una vía y apenas se enteró. Se le nubló la vista cuando volvió a mirar hacia el hotel entrecerrando los ojos. ¿Se había movido?

Metiéndose las manos bajo los brazos, Corrie siguió adelante.

—¿Dónde están los raíles, pies? —Se movió torpemente hacia la derecha; hacia dónde debería haber estado el edificio, pero no estaba. O... puede que sí, pero ella no lo veía.

La invadió el pánico, un gusto amargo le subió a la garganta. Podía morir a la intemperie. Sola.

Como siempre.

—Corrinne Webb no se rinde. —Hubiera amenazado a las nubes con el puño, pero al parecer, no podía hacer que se le cerrara la mano.

Realmente no conseguía sentir las manos.

Su pie izquierdo —o quizá fuera el derecho, ya que no sentía a ninguno de los dos— se enganchó en una traviesa, enviándola de cabeza al suelo.

Gimió y se puso a gatas. La cabeza le daba vueltas y al moverla solo consiguió confundir más a su cerebro. Pero, bajo las manos, pudo distinguir un sendero, que giraba levemente hacia la derecha, a lo largo del camino, segura de que este la conduciría al viejo hotel. O al menos a algún tipo de construcción.

El sonido del viento cambió de tono al gemir alrededor de un edificio en vez de entre los árboles. Entrecerrando los ojos contra la nieve, Corrie forzó la vista hacia arriba y vio un letrero encima de una enorme puerta de entrada, HOTEL CHESTERFIELD.

—También podría poner Puertas de Nácar. —Suspiró de alivio.

Entonces otra ráfaga la dejó sin aliento, cuando la nieve le cayó encima a través de los agujeros del techo, y cambió de idea.

Se movió con torpeza por el vestíbulo y, por instinto, encontró la cocina. El tiro de la chimenea debía de haber actuado como apoyo, porque el techo allí estaba intacto. Corrie dio patadas al suelo y aplaudió con las manos, pero tenía el frío demasiado dentro.

Necesitaba encender un fuego. Enseguida.

—Es una pena que no fumes, Webb.

Cuando la búsqueda de una cerilla en la cocina se reveló infructuosa, empezó a buscar en el pasillo, revisando apresuradamente las habitaciones.

Aparte de nidos de roedores y más latas de cerveza de las que era capaz de contar, todas ellas estaban vacías. Corrie ahuecó las manos sobre la boca y sopló aire caliente sobre los dedos. Lo único que notó fue un leve cosquilleo.

Esto no es buena señal. No lo es en absoluto.

—Paul LaDue, estás en deuda conmigo. Me debes una.

Corrie cerró los ojos. Tenía mucho frío. Demasiado frío. Un frío mortal.

Abrió los ojos de golpe. No iba a darse por vencida de ninguna manera. Giró una esquina y continuó buscando. Al menos allí estaba protegida del viento. Aparte de unas sillas y unas mesas rotas, encontró poco mobiliario; como el enorme arcón de madera en la esquina de la habitación principal.

Cayó de rodillas ante él y manipuló el cierre.

Puede que alguien haya dejado aquí una manta. O una lámpara de aceite. O cerillas. No era probable, pero bueno, tenía que tener esperanza.

El viento aullaba en los rincones del hotel. Las ventanas de esa habitación habían logrado resistir de algún modo el paso del tiempo y no hacía tanto frío como en el resto. La poca luz que entraba reveló una extraña colección de objetos en el interior. Pero nada que ella pudiera usar en su situación actual.

Tan sólo cosas viejas, oxidadas y rotas; un collar, un par de esposas, una placa con una inscripción y una polvorienta pistola de duelo antigua, como las que había visto en las películas. A pesar de saber que tenía que encontrar urgentemente algo con lo que encender un fuego, Corrie metió la mano en el baúl y acarició los artículos con

los dedos. Congelada como estaba, en realidad no podía sentir nada, pero un mandato interior la obligaba a tocar... algo.

La pistola se inclinó entre sus dedos entumecidos, dejando al descubierto una deslucida insignia de sheriff a la que le había desaparecido una punta. Una extraña sensación le subió por los dedos cuando la tocó.

Empezó a darle vueltas la cabeza, otra vez, pero en esta ocasión, la sensación era... distinta. Se incorporó con piernas temblorosas. Miró la insignia y cerró la mano alrededor de ella. El mundo se tambaleó y Corrie empezó a caer al suelo. Pero el suelo no se acercaba.

La envolvió un remolino gris de niebla. Tranquilidad. Calma. Pero el estómago y el oído interno la informaron de que seguía cayendo. Se arqueó, desesperada.

Una luz brilló en la distancia. ¿El destello de una linterna? ¿La había encontrado alguien?

Corrie se debatió para extender una mano hacia el resplandor. Durante un instante se redujo la velocidad de su caída para convertirse en un sereno movimiento hacia la luz. Entonces miró a su espalda. Oscuridad.

La caída se reanudó; rodando y dando vueltas, fuera de control.

Con independencia de lo que estaba pasando —espejismo provocado por la congelación o locura por la nieve—, Corrie aferró con más fuerza la insignia.

—Vale ya. Cae al suelo, Webb. —El dolor la atravesó de golpe cuando aterrizó.

Otra horrible Navidad.

Luchó por recuperar el aliento.

—¡Bah, tonterías! —resolló.

Se le metió polvo entre los párpados. No parpadeó; le hubiera dolido demasiado. También le dolía respirar, pero para eso no tenía remedio.

—El golpe la ha dejado sin sentido ¿verdad?

El educado acento inglés consiguió que desapareciera el dolor y Corrie abrió los ojos. Una tela oscura llenó su campo visual. Poco a poco fue viendo una falda, larga hasta el suelo, con unas botas negras, muy brillantes y antiguas que asomaban por debajo.

Corrie se tumbó de espaldas con un gemido. Mary Poppins la miraba fijamente con su moño, su cuello alto y todo.

Alucinante. Corrie cerró los ojos. *No hay duda, es una conmoción cerebral.*

—Vamos, hija mía. Haremos que te levantes en un santiamén.

¿Santiamén? ¿Qué clase de persona usaba una palabra como santiamén?

Corrie consiguió obligar a sus manos a frotarle la cara. Las cosas cobrarían sentido en un minuto.

—Eso ahora no. Antes necesita usted un buen baño.

La alucinación se estaba volviendo bastante gruñona.

Unas frías manos separaron las suyas, sustituyéndolas por un paño caliente. Agradecida, Corrie se limpió la cara, luego levantó la vista hacia la mujer, aproximadamente de la misma edad que ella o tal vez más joven, arrodillada a su lado.

—Gracias.

—De nada. —La mujer, que era aterradoramente sólida para ser una alucinación, ayudó a Corrie a ponerse en pie—. Ahora voy a prepararle un baño y a ver lo que podemos hacer.

—Espere un momento. —Corrie la detuvo con un gesto de la mano mientras se giraba describiendo un círculo e inspeccionaba la habitación.

Una agradable e intacta estancia, completamente amueblada. Con un fuego en la chimenea. Y cortinas. Y una mujer vestida para una fiesta de disfraces.

—Seguro que tiene usted algunas preguntas, señorita —dijo la alucinación al tiempo que metía a Corrie en el cuarto de baño contigo. Giró unas decorativas llaves y comenzó a llenar una enorme bañera con pies en forma de garra, con agua humeante. Espolvoreó sales de baño y se enfrentó a Corrie—. Pero pueden esperar hasta que se haya bañado y entrado en calor. Tiene los dedos congelados.

La adrenalina que había mantenido a Corrie en movimiento, fue desapareciendo con el creciente vapor, y no tuvo más remedio que admitir que la mujer tenía razón. Un buen baño parecía algo demasiado bueno para renunciar a ello, aunque todo fuera solo un sueño o un coma inducido por la hipotermia. Se quitó el abrigo y empezó a soltar los cordones de los zapatos.

—Bueno, ¿por qué no? ¿Qué tengo que perder?

—Nada querida. Y mucho que ganar —respondió la alucinación con una enigmática sonrisa, cerrando la puerta tras de sí.

Corrie observó la espalda de la mujer con los ojos cubiertos de legañas. Las cosas empezarían a tener sentido dentro de un momento, lo sabía. Pero mientras, lo más sensato era entrar en calor, aunque solo fuera en sueños. Dejando caer al suelo el resto de su ropa, se metió lentamente en la bañera. Los dedos de las manos y de los pies le pincharon a causa del calor repentino. Sí, esa era la única alternativa razonable.

Hasta que se descongeló, unos diez minutos más tarde.

Los ojos de Corrie se abrieron de par en par y se levantó, salpicando agua por el suelo de baldosas. ¿En que demonios estaba pensando? Este era un lugar abandonado y desvencijado. ¿Cómo podía estar dándose un baño caliente?

Paseó la mirada por el cuarto. No se parecía al hotel en ruinas con el que había tropezado en la nieve. La porcelana y las relucientes baldosas reflejaban la suave iluminación de los apliques por el espejo. Corrie los miró fijamente, salió lentamente de la bañera y fue pisando con suavidad hacia ellos.

—¿Luces de gas? —Levantó un brazo y con dedos temblorosos, giró el interruptor de la base de uno de ellos. La llama del interior se volvió más intensa. Y más caliente. Luz de gas. Había oído hablar de ella pero nunca la había visto en vivo—. ¿Cómo es posible que siga habiendo gas?

Un enérgico golpe en la puerta hizo que se apresurara a coger una toalla del estante de la bañera. Una vez que hubo cubierto lo más esencial, se giró hacia la puerta y dijo con voz ligeramente temblorosa:

—Adelante.

El espejismo miró a su alrededor, desde la puerta, antes de entrar.

—Se siente mejor, ¿verdad? —Parecía entender la confusión de Corrie, silenciosamente colocó una silla delante del fuego y la abrigó con una confortable bata de franela.

Corrie se frotó los ojos y observó a la alucinación.

Estoy soñando. Eso tiene que ser.

Cerró los dedos por dentro de los pliegues de la bata.

Al menos se trata de un sueño caliente.

La mujer colocó un plato de emparedados sobre la mesa que había entre ellas, luego sirvió té en dos tazas y le entregó una a Corrie, después de ponerle dos terrones de azúcar y un poco de leche.

—No sé como toma el té habitualmente, pero creo que necesita usted algo de alimento. —Dejó caer un terrón en su propia taza, lo probó, y bebió un sorbo.

El aroma del té tentó a Corrie a seguir el ejemplo del espejismo, y se le escapó un suspiro involuntario cuando tragó la calmante infusión. *Celestial.*

Miró alrededor de la habitación. *O una granja extraña.*

—Por supuesto, quiere usted hacer preguntas.

Corrie saltó.

—¿Preguntas? —chilló.

Devolvió la atención al espejismo, captando toda la intensidad de la habitación completamente amueblada. Su cerebro cambió de opinión; la habitación se convirtió en un torbellino de colores, telas y confusión Victorianas. Aquello no era real. No podía ser real.

—Respire —ordenó la alucinación con tono indiferente.

Corrie respiró. Una vez. Dos. Depositó cuidadosamente la taza en la mesa entre ambas. Cerró los ojos. *Despierta, Webb. Estás acercándote al abismo.*

—Eso no va a ayudarla, lo sé.

Abrió los ojos para mirar al espejismo.

—¿Qué es lo que no va a ayudar?

—Cerrar los ojos no va a cambiar la habitación ni mi aspecto —La alucinación levantó un delicado hombro—. No va a cambiar el lugar en el que está.

—¿Y dónde estoy? —A lo mejor la habían rescatado y llevado a algún lugar. Sí, eso explicaría muchas cosas. En cierto modo.

—Porque, mi querida muchacha, está usted en mi habitación del Hotel Chesterfield.

—Eso es imposible. —Incapaz de contener la tensión, Corrie empezó a pasear alrededor del cuarto—. El Hotel Chesterfield esta abandonado. Se está cayendo. Sólo es una cáscara vacía.

Un suspiro de tristeza acogió las palabras de Corrie.

—Terrible, ¿verdad? Ahora es un centro de recreo magnífico. Es horrible como va a decaer con el tiempo.

Corrie redujo la marcha.

—¿Es... ahora? ¿Más tarde?

Ser rescatada y trasladada a otro hotel, no explicaba la situación.

—Permítame explicárselo.

Eso es lo que necesito, una explicación. Entonces todo cobrará sentido. Tragó saliva. *Esperanza.*

La alucinación levantó una mano y Corrie se detuvo ante ella. Intuía que aquella mujer tenía las respuestas. Respuestas a preguntas que Corrie ni siquiera estaba segura de cómo o qué preguntar.

Poniéndose en pie, la mujer apretó con fuerza las manos de Corrie.

—No es fácil de explicar...

—Dígame solo quién es usted, dónde estoy y cómo he llegado aquí. —A Corrie se le pusieron de punta los pelos de la nuca—. Suéltelo.

—Muy bien pues. Lo soltaré, como usted dice. En primer lugar, ¿quién soy? Me llamo Esmeralda Sparrow y soy el ama de llaves encargada del personal femenino. —La mujer miró a Corrie a los ojos y continuó—: ¿Dónde está usted? Como le indiqué antes, en mi habitación del Hotel Chesterfield.

Corrie trató de apartar la mirada. *Esa mujer estaba loca. Tenía que estarlo.* Pero por alguna razón no rompió el contacto visual con ella.

—Y en cuanto a cómo llegó hasta aquí —la alucinación, mejor dicho Sparrow, la apretó más fuerte—. Hurgó usted en un baúl, el arcón de mi ajuar, y encontró algo.

Corrie desvió la mirada por un instante, hacia el baúl, el cálido baúl de madera, nuevo y brillante por la cera. Volvió a mirar a Sparrow.

—No encontré demasiado; nada que me mantuviera caliente por cierto; pero cuando recogí la insignia rota...

—Cayó... retrocedió hasta aquí.

—Retrocedí. Aquí. —El aire se negó a salir de los pulmones de Corrie, sofocándola—. Retrocedí hasta aquí.

—Así es, querida. Retrocedió al Hotel Chesterfield. —Sparrow le dirigió una brillante sonrisa—. A 1886.